

# **La entrevista como herramienta para la reconstrucción abductiva de los procesos de identificación.**

Sebastián Rigotti.

Cita:

Sebastián Rigotti (2011). *La entrevista como herramienta para la reconstrucción abductiva de los procesos de identificación. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/725>

**Título: La entrevista como herramienta para la reconstrucción abductiva de los procesos de identificación**

**Autor:** Sebastián Rigotti

**Referencia institucional:** Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos

**Dirección de e-mail:** seba\_r9@yahoo.com.ar

**Resumen:**

Como argumenta Pierre Bourdieu, cada técnica de producción de datos supone una teoría sobre lo social. Nuestro Proyecto de Investigación<sup>1</sup> sostiene el papel fundamental del registro de lo imaginario en los procesos de identificación política, lo que supone el rastreo de los dispositivos fantasmáticos implicados en aquellos. Ahora bien, como el registro de lo imaginario está ligado a la afectividad, nuestro enfoque implica reconsiderar el papel de las elecciones racionales como constitutivas de los procesos de identificación.

El situar a la afectividad en el centro de aquellos procesos, nos conduce al problema de construir un instrumento de producción de datos que nos permita rastrearla. Pensamos que el registro de lo imaginario está entrelazado con los enunciados, por lo que la técnica de entrevista permitirá realizar un análisis de las huellas afectivas de la subjetividad, rastreando los deícticos que los entrevistados enuncian.

Sin embargo, como los dispositivos fantasmáticos conforman algo así como unos “relatos”, una “matriz cultural”, y no un sistema ordenado de elementos, es imposible reconstruirlos mediante procedimientos inductivos o deductivos. Antes bien, debemos proceder abductivamente en su investigación, considerando los deícticos de la afectividad como indicios que nos conducen hacia los trazos de esos relatos.

**Palabras clave:** Proceso de identificación-Entrevista-Afectividad-Indicio-Fantasma

## **1. RELACIÓN TEORÍA/TÉCNICAS**

En su clásico libro *El oficio de sociólogo*, el sociólogo francés Pierre Bourdieu y sus colegas sostienen acertadamente que hasta “(...) la técnica aparentemente más neutral contiene una teoría implícita de lo social (...)” (Bourdieu y otros, 2008:66). La operación teórica a realizar supone que, una vez definidos los puntos de partida políticos y sociales con los que se interpreta la dinámica de lo social o, mejor dicho, el proceso de construcción de identidades desde la relación entre cultura y política, es posible realizar una construcción reflexiva de la técnica de producción de datos específica para sostener empíricamente nuestras hipótesis. Como explica el propio Bourdieu, “(...) los *data* más ricos no podrían nunca responder completa y adecuadamente a los interrogantes para y por los cuales no han sido construidos” (Bourdieu y otros, 2008:61).

No se trata, entonces, de elegir una técnica de investigación ya utilizada, sin reflexionar sobre sus presupuestos. Sin embargo, esto no implica que no tengamos en cuenta alguna de las consideraciones que otros investigadores desarrollaron. Nuestra técnica de producción de datos es una *entrevista*, pero no cualquier entrevista. Así pues, comenzaremos rescatando algunos aportes de la investigación que dirigiera Pierre Bourdieu a principios de la década del '90, cuyo informe final fue publicado con el nombre de *La miseria del mundo*. La investigación centraba sus exploraciones en la aplicación reflexiva de entrevistas, las que fueron construidas específicamente bajo los desarrollos teóricos y prácticos del propio Bourdieu.

En aquella investigación, el sociólogo francés sostenía que la relación de entrevista es una relación social que genera determinados efectos sobre los resultados de su aplicación. En esa situación construida operan dos tipos de asimetrías: por un lado, la asimetría propia de la imposición que el entrevistador lleva adelante sobre el entrevistado –asignación de reglas, objetivos y usos-; y, por otro lado, una asimetría social, que descansa sobre la diferencia de jerarquía entre los tipos de capitales (el cultural es determinante en este caso) de uno y otro que su posición objetiva les permite, mediante el juego estratégico que despliegan, adquirir.

Ahora bien, a partir del destacado discípulo de Louis Althusser, Michel Pêcheux, podemos decir que la investigación sociológica se vale de la entrevista para dar cuenta del “(...) vínculo entre las relaciones de sentido propias de una estructura social determinada, [por lo que] trata el discurso del sujeto sociológico como *representativo* de esta relación entre *su situación* (socioeconómica) y *su posición* (ideológica) en la estructura” (Pêcheux, 1978:172). Sin embargo, es esa relación de representación la que debe ser revisada, pues también se trata de una relación de *representación imaginaria*.

Cabe aclarar que en este trabajo haremos foco solamente en la relación que los enunciados tienen con la afectividad, propia de *lo imaginario*, por lo que sólo mencionaremos que las relaciones ideológicas que operan en toda formación social, están implicadas estrecha e inextricablemente con las formaciones imaginarias. En otras palabras, la ideología solamente puede ser explicada y visibilizada a partir de considerar que opera, también, afectivamente en los procesos de constitución de subjetividades.

A la Sociología, pues, estas cuestiones le permiten repensar “Problemas como el de ‘lo implícito cultural’, el de las formas implícitas y explícitas del consenso y de la diferenciación, el de la implicación de la respuesta producida en la cuestión planteada, (...)” (Pêcheux, 1978:173). Así pues, aquello “implícito” que recorre las operaciones de enunciación es un conjunto de matrices culturales que hacen posibles los procesos de identificación política.

Explicitemos pues, algunos presupuestos acerca de cómo pensar los procesos de constitución de las identidades políticas a partir de la relación cultura y política, para luego avanzar en la construcción de la técnica de producción de datos.

## 2. DISPOSITIVOS FANTASMÁTICOS

Para contribuir a las perspectivas sociológicas en las investigaciones sobre la constitución de identidades, proponemos recurrir a la colaboración de la perspectiva de Jacques Lacan, quien pensaba que la psiquis humana era el resultado del nudo borromeo que los tres registros -Real, Simbólico e Imaginario- formaban. Nos interesa comenzar trabajando el registro Imaginario, más precisamente el *fantasma*, que pertenece al dominio de aquél registro. El fantasma o, mejor dicho, los fantasmas, son fundamentales para entender cómo se producen los procesos de identificación política, ya que éstos se encuentran sostenidos sobre matrices culturales y no son meramente un producto de la reflexividad racional. Diremos, pues, que cada proceso de identificación política se sostiene sobre “(...) una suerte de relato de lo común. No es propiamente un relato: nunca resulta precisamente narrado como tal, pero sí infinitamente aludido, infinitamente *implicado*. Diremos, mejor (y provisoriamente) un *proto-relato*. Está conformado por un patrimonio compartido de referencias y presuposiciones, de anécdotas de poderoso subtexto, de chistes, de mitos propiamente tales sobre el origen y la historia, de secretas formas del tino que evita las zonas dolorosas u oscuras y deja más a la luz las virtuosas” (Caletti, 2009:180). Ese proto-relato es lo que Lacan llama *fantasma*.

El fantasma, dada su composición, puede ser entendido como un *dispositivo*, y no como un sistema, o estructura, o relato, etc. Primeramente, diremos que el dispositivo, siguiendo la definición que arriesgara Michel Foucault en una entrevista que le realizaron en 1977, es “(...) un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas; en resumen: los elementos del dispositivo pertenecen tanto a lo dicho como a lo no dicho. El dispositivo es la red que puede establecerse entre estos elementos” (Foucault, 1991:128). A partir de esta definición, el foco debe estar puesto en la relacionalidad que implica a una cantidad indeterminada de elementos heterogéneos en un juego, en relaciones que permanentemente se encuentran en movimiento.

Un *relato*, un *sistema* o una *estructura* pueden ser identificados o reconstruidos total y racionalmente, algo que un dispositivo impide por la específica relacionalidad que lo hace posible. Por otra parte, el dispositivo fantasmático incita intentos constantes de reconstrucción, ya que se modifica constantemente y de manera no intencional, no consciente. Al mismo tiempo, el relato, el sistema y la estructura suponen un origen (incluso un principio, nudo y desenlace), una relación prefijada, que opera como base que debe ser recuperada o reconocida para iniciar el proceso de reconstrucción como totalidad cerrada, o como centro que regula el funcionamiento del juego.

## 3. ACLARACIONES EN TORNO A LO IMAGINARIO

El registro Imaginario es aquel que traza una relación entre el sujeto de la falta –registro Simbólico- y aquello que permanece inaccesible al lenguaje –registro Real-, estableciendo un soporte para sostener el sentido que la realidad tiene para los sujetos. En otras palabras, el deseo constitutivo del ser que habla –simbólico- por alcanzar el goce perdido –real-, es movilizado permanentemente por la promesa de alcanzar lo imposible –imaginario-. Esa promesa, es mera ilusión, ya que es incumplible. El registro simbólico no puede constituirse por sí mismo, sino que precisa de la relación que el Nombre-del-Padre establece con la idílica relación madre-hijo para emerger. El sujeto del lenguaje es ya un sujeto constituido *en relación*.

El filósofo griego Yannis Stavrakakis –a partir de los desarrollos teóricos de Lacan- sostiene que “(...) el dominio de la fantasía<sup>2</sup> no pertenece al nivel individual; la fantasía es una construcción que intenta, ante todo, recubrir la falta en el Otro. En tanto tal, pertenece al mundo social, está localizada del lado social, del lado del Otro, del Otro tachado” (Stavrakakis, 2008:85-86), presentando la división individuo/sociedad como un obstáculo para la Teoría Política: en lugar de pensar dos polos separados, individuo y sociedad, se trata de pensar que “lo social” y “lo individual” tienen una relación de *extimidad*.

El fantasma proporciona la promesa de volver a la situación en que el Nombre-del-Padre no interviene en el idilio y el goce es completo. Ahora bien, ¿de qué está constituida esa promesa? De los llamados *objets petit a*, aquellos objetos que el fantasma ofrece al sujeto de deseo para que este mantenga su deseo, es decir, para que se mantenga vivo. Aquellos *objets petit a* constituyen la promesa de completud, de acceder a lo real del goce, a la unidad perdida –e irrecuperable-, que el fantasma organiza en una escena de armonía, procurando evitar el momento de *lo político*, es decir, de las dislocaciones, de la negatividad creadora de nuevos procesos de constitución de identidades.

Los *objets petit a* son parte de la realidad social y política: “Esta falta exige que la constitución de toda identidad se lleve a cabo mediante procesos de identificación con objetos socialmente disponibles, como las ideologías políticas, los patrones de consumo y los roles sociales” (Stavrakakis, 2010:47). Esta *realidad* está constituida por el registro Simbólico -el lenguaje, las construcciones discursivas- y el registro Imaginario -fantasma-. Mientras que *lo real* es aquello que se reprime, aquello disruptivo del orden, que pugna por manifestarse. Sostiene Stavrakakis que la manifestación de *lo real* es la que provoca la emergencia del antagonismo constitutivo de lo político, que produce una dislocación en la escena que el soporte fantasmático mantiene armónicamente, constituyendo así nuevos *objets petit a*, es decir, nuevas relaciones que posibilitan nuevos procesos de identificación.

Los procesos de identificación se afianzan o bien cambian radicalmente, se continúan en el tiempo o se quiebran en discontinuidades, porque las relaciones fantasmáticas que sostienen armoniosamente esos procesos de identificación tienen una raíz *afectiva* (no sólo racional): se “(...) requiere la movilización y estructuración del afecto y la *jouissance*” (Stavrakakis, 2010:193) para mantener o para crear cualquier vínculo social estructurado simbólicamente. De esta manera, Stavrakakis sostiene que “(...) el aspecto

simbólico de la motivación, de la identificación y el deseo no puede funcionar sin un soporte fantasma, y éste, a su vez (...) no se sostiene sin un soporte real en la *jouissance* (parcial) del cuerpo” (Stavrakakis, 2010:274). Por lo tanto, cada soporte fantasmático social que posibilita la constitución de procesos de identificación, conlleva relaciones de afectividad, siendo éstas afectividades sociales.

#### 4. ENUNCIADOS Y AFECTIVIDAD

El dispositivo fantasmático opera “(...) como una matriz capaz de generar infinidad de intervenciones enunciativas” (Caletti, 2009:180) y es la base de prácticas no reflexivas. Tanto las intervenciones enunciativas como las prácticas, están ligadas inevitablemente a los procesos afectivos compartidos por el colectivo, cualquiera sea. En otras palabras, los enunciados y las prácticas, lejos de agotarse en una reflexión racional del actor individual que interviene en el espacio público, están entrelazados con la afectividad.

Por otra parte, el fantasma, al tratarse de un conjunto heterogéneo que no tiene relaciones lógicas y/o causales que lo vertebran y que permitan deducir su composición, sólo puede inteligirse a partir de su manifestación en las intervenciones enunciativas de los actores.

Los enunciados se sostienen en la relación que el fantasma subtiende con el *objet petit a* para que los actores signifiquen sus intervenciones. De esta forma, los discursos, como conjuntos de enunciados, conllevan una inextricable relación con la afectividad, propia de la relación imaginaria que el dispositivo fantasmático plasma en una escena. Como sostiene El semiólogo argentino Armando Sercovich: “(...) es inconcebible la no resonancia afectiva de un discurso” (Sercovich, 1977:73). Sercovich explica que la relación imaginaria constituye un componente inalienable de la producción significativa, es decir, discursiva, en una sociedad, ya que está implicada en la reproducción de las condiciones estructurales de la misma: “Esto permitiría asignar un sentido más específico al concepto de relación imaginaria, entendida como una relación vivencial o inmediata (experimentada)” (Sercovich, 1977:35).

Se trata, entonces, de dar cuenta de los enunciados que significan con mayor fuerza las experiencias de acceso parcial al goce, y que hacen visible con mayor intensidad esa afectividad. Aquellos actos de enunciación en que los entrevistados relatan sus vivencias –registro Simbólico-, están éxtimamente unidos al soporte fantasmático -registro Imaginario-.

Si ambos registros están unidos y constituyen “la realidad” –siguiendo a Stavrakakis-, “lo real” supone las condiciones que interrumpen la armonía de aquella. De esta forma el lenguaje y el fantasma constituyen socialmente los procesos de identificación, al tiempo que éstos están en medio de un juego de relaciones que permanentemente ofrece la posibilidad de modificaciones.

Podemos decir, entonces, que el espacio público, aquél que en la tradición hegemónica de la Filosofía Política se instituye como el espacio simbólico en el

que el público racionante *opina* racionalmente acerca de qué hacer en común, se nos aparece así como el espacio en que la *afectividad* también opera.

## 5. VIVENCIAS

En nuestro caso, la técnica de producción de datos que debemos construir es un tipo de entrevista que nos permita rastrear, en los enunciados de cada entrevistado, indicios de los dispositivos fantasmáticos que sostienen sus intervenciones enunciativas. Para facilitar estas exploraciones, deberemos distinguir entre dos tipos de enunciados: las opiniones y las vivencias.

Las opiniones están enlazadas al proceso reflexivo de quienes enuncian, esto es, la reflexión racional acerca de las intenciones aparentemente sólo conscientes de los actores. En estos enunciados, el registro imaginario ligado a la afectividad permanecerá. Ahora bien, si pensamos en otro tipo de enunciados, las *vivencias*, anclados en cuestiones diversas que se enuncian “sin pensar” -tales como recuerdos, chistes, anécdotas, etc.-, podemos suponer que nos permitirán explorar los fantasmas que operan en los actores individuales al intervenir en nombre de una determinada identidad política.

Si recurrimos al *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana* de Joan Coromines, podemos establecer que la etimología castellana de la palabra *opinión* se remonta “hacia 1250. Tomado del latín *opinio*, -*ōnis*, íd., derivado de *opinari* ‘conjeturar’, ‘dar un parecer’” (Coromines, 2008:399). La opinión, de esta forma, conlleva un cierto proceso de reflexión, de “racionalidad”, por así decirlo. Las implicaciones con la opinión pública y el espacio público pueden darse por sobre entendidas.

Diferenciándose de aquella, la palabra *vivencia* refiere a cuestiones que implican la afectividad. Como se trata de una palabra de proveniencia alemana, *Erlebnis*, y que fue traducida por el filósofo español José Ortega y Gasset con el neologismo que nos ocupa, recurriremos a los análisis históricos que realizara Hans-Georg Gadamer en su célebre *Verdad y Método* sobre la misma. Gadamer comienza su análisis explicando que la palabra como tal no existió sino hasta el siglo XVIII, cuando G. W. F. Hegel la escribió en una carta. Hasta ese momento solamente existía la palabra *erleben*, verbo que adquiere, a partir del progresivo uso de su forma sustantivada, *Erlebnis*, “(...) un matiz de comprensión inmediata de algo real” (Gadamer, 2007:96).

El uso de la palabra comienza a volverse frecuente a partir de la década de 1870, cuando el filósofo Wilhelm Dilthey –principalmente, aunque no el único- comienza a reflexionar sobre ella. Gadamer atiende a dos significados contenidos en *Erlebnis*: por un lado, se trata de de la *inmediatez* que sirve de sustento a todo tipo de interpretación o posterior reflexión; por otro lado, refiere al *resultado permanente* de esa inmediatez. De esta forma, la genealogía de la palabra nos lleva a sus raíces románticas, es decir, críticas del racionalismo de la Ilustración. La *vivencia* tiene una relación inextricable con la *vida*, con aquello vivido por cada uno y que no puede olvidarse, sino que se “recuerda” -esto es,

que se lleva en el corazón<sup>3</sup> -. El campo de uso de la palabra, en el siglo XIX, es el de la literatura biográfica.

Después de realizar un breve recorrido por la historia conceptual de *Erlebnis*, Gadamer concluye que aquello “(...) que vale como vivencia es algo que se destaca y delimita tanto frente a otras vivencias (...) como frente al resto del decurso vital” (Gadamer, 2007:103), resultando así que “(...) lo específico del modo de ser de la vivencia es ser tan determinante que uno nunca puede acabar con ella. (...) Lo que llamamos vivencia en sentido enfático se refiere pues a algo inolvidable e irremplazable, fundamentalmente inagotable para la determinación comprensiva de su significado” (Gadamer, 2007:104).

Precisamente eso que es inolvidable es lo que se lleva en el corazón, lo que se recuerda, es decir, aquello a lo que hacemos alusión cuando hablamos de *afectividad*, algo que escapa al *lógos*, que refiere a algo vivido inmediatamente por uno y que es el piso de toda mediación reflexiva. Incluso, en ocasiones, es un piso que permanece no reconocido.

## 6. DEIXIS E INDICIOS

La enunciación es la operación del actor individual en cada superficie discursiva. El discurso está constituido por la transformación de actos de enunciación en enunciados y, consecuentemente, con las relaciones que entre ellos se establecen y la operación que borra el acto mismo de enunciación. De esta forma, el modo de funcionamiento del discurso oculta la intervención enunciativa. Sin embargo, “Solo por esta *desindividualización*, el discurso puede existir como una superficie productiva que plantea a los comunicantes haces de encadenamientos significantes. Sólo por esta desindividualización es en la superficie del discurso en la que se resuelve el campo entero de lo que las cosas presumiblemente son” (Caletti, 2009:120).

Al mismo tiempo, la superficie discursiva tiene con las enunciaciones una relación dinámica, es decir, en todo momento los actos enunciativos están contribuyendo a modificar –a la vez que también reproducen- esas formaciones discursivas. Es importante considerar que no existe una disociación radical en la relación enunciación/superficie discursiva, como tampoco es posible que cada acto de enunciación reproduzca sin más los enunciados ya preexistentes en las superficies discursivas.

En este punto, debemos especificar que, por un lado, “(...) el acto de enunciación es más complejo que el enunciado (...) lo desborda, y en algún sentido lo sobredetermina, en tanto añade los rasgos pragmáticos de significación propios de su proferirse. No sólo los paralingüísticos, los gestuales. También, por ejemplo, aquellos que de manera clásica se llaman *deícticos* (...)” (Caletti, 2009:120); y que, por otro lado, si nuestras operaciones de enunciación sólo reprodujeran aquellos enunciados que son parte de la superficie discursiva, entonces no se produciría cambio alguno en las significaciones, lo que equivale a decir que no habría intervención política alguna, solamente “paz y administración”.

Los deícticos son expresiones que determinan sus referentes en relación con los interlocutores. El lingüista francés Émile Benveniste demostró que los deícticos constituyen la irrupción del discurso –conjunto de enunciados- en el interior de la lengua –en tanto sistema formal-. Ahora bien, su sentido sólo puede definirse en relación al empleo de los mismos, lo que implica que los deícticos nos indiquen el rastro de la subjetividad que enuncia.

Sin embargo, debemos considerar que aquella subjetividad que enuncia y que se manifiesta en el discurso –rastreado, por ejemplo, a través del uso de los pronombres personales-, debe comprendérsela a partir de lo expuesto anteriormente: el sujeto no tiene un dominio completo y racional sobre sí mismo, sino que, antes bien, se asienta sobre un dispositivo fantasmático que posibilita sus enunciaciones al tiempo que lo liga afectivamente a aquél.

De esta forma, la comprensión de la deixis debe ser ampliada hacia los procesos ligados a la afectividad, basándose en los aportes de Michel Pêcheux y la crítica de éste a Benveniste. Para Pêcheux todo discurso depende de sus condiciones de producción, que implican formaciones imaginarias, en el sentido que anteriormente mencionamos: en pocas palabras, podemos decir que las formaciones imaginarias designan el lugar que aquellos que interactúan en una formación social atribuyen cada uno a sí mismo y al otro, produciendo una determinada imagen que ellos se hacen de su propio lugar y del lugar del otro. Así pues, consideramos que “Son deícticos (...) los que nos permiten suponer que advertimos quién es aquel que habla, a partir del modo en el que, inevitablemente, *sintomatiza* en su enunciación aspectos de su condición subjetiva, aun aquellos que ignora, que desatiende o que pretende neutralizar” (Caletti, 2009:143, el subrayado es nuestro), estando los elementos de la *deixis* unidos al “(...) universo de experiencias vividas, anhelos o fantasmas que palpitan en el interlocutor” (Caletti, 2009:143), pese a que el enunciador *no* necesariamente tiene pleno dominio de ellos, ya que, recordemos, se encuentra descentrado en tanto sujeto.

Podríamos decir que los deícticos aparecen en la situación concreta –no universal y abstracta- de interacción entre interlocutores, en los que uno y otro dejan sus huellas afectivas en los enunciados de cada discurso. Ahora bien, los deícticos se hacen presentes en los enunciados y muchas veces son registrados, también, de manera no consciente. Es decir, además de la información que se comunica entre los interlocutores, existe “algo” que ancla a la misma en la situación y la vuelve significativa para quienes intervienen en la interacción. Esa operación de anclaje está enmarcada en el registro subjetivo de esas deixis, es decir, en el registro de lo imaginario. Así pues, los deícticos nos *indican* el sentido inextricablemente afectivo que los enunciados comunican, constituyendo elementos fundamentales para el desciframiento preciso de los componentes expresivos; por ello sostenemos que “(...) los emergentes de la subjetividad (por caso, la producción de lo imaginario) y su carga movilizada por resortes emocionales (...), suelen intervenir en el terreno de la comunicación a través de operaciones del orden de lo indiciario” (Caletti, 2009:151). Consideramos, pues, que los *deícticos* operan como *índices*.

## 7. INDICIOS Y ABDUCCIÓN.

Para dar cuenta de cómo los *deícticos* operan como *índices* diremos que, según la clasificación de los signos de Charles Sanders Peirce, los *índices* tienen por característica el representar en un aspecto al objeto que señala, estableciendo una relación de contigüidad existencial con ese objeto. Los *índices* pertenecen a las relaciones de Segundidad, el nivel de las relaciones del signo con las situaciones concretas de los objetos que se indican. Por eso, la relación es uno a uno, no pasa por una operación de equivalencia universal, sino más bien por mantener la específica remitencia compulsiva y particular.

De esta manera, como la operación de enunciación remite a un actor individual que la realiza, al llevarla a cabo despliega una cantidad de deícticos que remiten hacia él mismo, ya de manera intencional como no intencional. Esos deícticos operan como indicios que remiten a elementos heterogéneos que, como sostuvimos, no son solamente parte de la enunciación del actor individual, sino también forman parte de un dispositivo fantasmático que hace posible sus enunciaciones. Ahora bien, como esos deícticos también indican el registro afectivo del actor, es decir, el registro imaginario, es posible que a través de ellos podamos reconstruir el dispositivo fantasmático.

En cuanto a la abducción, señalemos que, según el *Diccionario Etimológico* de Joan Coromines, su etimología proviene del “(...) latín *abductio*, ‘acción de llevarse o separar’, derivado del verbo *abducere*, y éste de *ducere*, ‘llevar, conducir’” (Coromines 2008:2). Esto implica que la abducción nos remite a algo que está separado y a lo que nos debemos conducir. Aquí debemos considerar el potencial heurístico de la abducción. Fue Charles S. Peirce quien restituyó al procedimiento abductivo la luz del reconocimiento científico, oscurecido por la inducción y la deducción.

A partir de reconocer el aporte de Peirce a la abducción, el epistemólogo argentino Juan Samaja explica que “La abducción (...) es el proceso de conectar modelos preexistentes con configuraciones de hechos y, de ese modo, acotar enormemente ‘los espacios de búsqueda’. (...). La abducción sugiere que algo puede ser: no que *lo sea necesariamente*” (Samaja, 1997: 89-90). De esta manera, debemos recordar lo mencionado acerca de cómo el fantasma opera como un dispositivo y no como un sistema, una estructura o un relato, para entender que es imposible restablecerlo a partir de deducciones racionales necesarias como una completud. Antes bien debemos cercar los espacios de búsqueda para intentar, a partir de retazos, identificar algunos de sus elementos heterogéneos y, de esta forma, reconstruirlo.

Ahora repasemos algunas cuestiones planteadas por Peirce, para luego empalmarlas con nuestro problema. Según el filósofo norteamericano, existen tres tipos básicos procedimientos: abductivos, deductivos e inductivos. La inducción conduce a generalizaciones sobre la observación de casos. La deducción es explicativa, ya que las inferencias se ocupan de mostrar la relación de cada proposición, la información que está pero que todavía no se ha advertido. Finalmente, la *abducción* “Concierne a la introducción o al

descubrimiento de nuevas proposiciones posibles o hipótesis, basadas en la anomalía o en los sucesos sorprendentes generados por una información recibida del sistema de signos” (Marafioti, 2004: 98). La abducción conduce, lleva a inferir de un signo algo que no está en ese signo; lo que une a las premisas generales y a las particulares es sólo un rasgo, después tiene que ser corroborado por la inducción y por la deducción.

El *juicio abductivo* es el motor del avance del conocimiento, ya que permite la formación de conjeturas para explicar una conclusión “Y”, esto es, debemos partir de una premisa “X” que, al no estar relacionada necesariamente –como en las operaciones deductivas–, se transforma en una conjetura, en una hipótesis, o bien, en una pista que permite tratar de reconstruir *abductivamente* aquello que hizo posible algo. Si, como dice Peirce: “Todo lo que centra la atención es una *indicación*. Todo lo que nos sorprende es una indicación, en tanto en cuanto marca la unión de dos porciones de experiencia” (Peirce, 1999:5), entonces podríamos decir que la abducción está fuertemente ligada a los *índices*.

Ahora, ocupémonos brevemente de los índices. Sostiene Roberto Marafioti que el signo peirceano puede definirse como: algo por algo en alguna relación para alguien<sup>4</sup>. Peirce clasifica a los signos de acuerdo a distintas relaciones: (1) según las relaciones de Primeridad, que hacen referencia a la relación del signo consigo mismo, con su representamen. La Primeridad es “(...) todo cuanto tiene posibilidad de ser, real o imaginario” (Zecchetto, 2004:46). (2) Las relaciones de Segundidad, como dijimos anteriormente, son aquellas que se refieren a la relación del signo con su objeto. (3) Existen, por último, también las relaciones de Terceridad, que hacen referencia a la relación del signo con su interpretante y “(...) está formada por las leyes que rigen el funcionamiento de los fenómenos, es una categoría general que da validez lógica y ordena lo real. (...). La terceridad realiza (...) el enlace lógico entre primeridad y segundidad, o sea, establece las condiciones hipotéticas para que algo ocurra” (Zecchetto, 2004: 47).

Para Peirce, cada signo particular satisface la relación triádica propia del signo, es decir, los aspectos de la relación triádica –representación de un objeto, representación de ese objeto en algún aspecto y creación de un interpretante– en distinta medida. Se debe tener presente que en cada signo, uno de los tres componentes es el dominante.

Nos interesaremos, principalmente, por el plano de las relaciones de Segundidad, que plantean la relación del signo con su objeto. Éstas relaciones contemplan tres clases de signos: los íconos, los índices y los símbolos. Brevemente podemos decir que los *íconos* representan una de las cualidades de su objeto, son análogos en algo a su objeto, manteniendo una relación de parecido con su objeto. Los *índices*, por su parte, *representan en un aspecto que lo indica/señala al objeto, manteniendo una relación de contigüidad existencial con su objeto, remitiendo a éste compulsivamente*. Finalmente, los *símbolos* representan una convención, un hábito (campo específico en el que tengo que atar al significante) de vincular al objeto entre los hombres, manteniendo una relación arbitraria con su objeto.

Por otra parte, Peirce sostiene que “En todo razonamiento tenemos que usar una mezcla de semejanza, índices y símbolos. No podemos prescindir de ninguno de ellos” (Peirce, 1991:6), lo que motiva al filósofo norteamericano a realizar diversas clasificaciones a partir de las combinaciones entre los signos. Los signos (en nuestro caso los enunciados) que nos interesa analizar, antes bien, no tienen una apertura total ni una inmediatez reconocida por hábito, es decir, para interpretarlos no podemos acudir a un sistema determinado previsto, a un código, sino que ese proceso de identificación es problemático. La identidad del signo (...) [es] un juego de remites a otros signos, en una cadena de interpretantes que permanece abierta en vez de concluirse en el punto de partida. (...). Puede suceder, y sucede a menudo, porque *generalmente necesitamos explicaciones hipotéticas y explicativas y no de tipo deductivo o analítico, que hay que buscar el signo interpretante en algún sistema distante (...)*” (Ponzio, 1998:161 –el subrayado es nuestro-)⁵.

Ese “sistema distante” al que tenemos que remitirnos tiene que estar indicado, señalado, para poder dirigirnos hacia él, habida cuenta que ese mismo “sistema” no es tal, sino que se trata de retazos que hay que reconstruir. Esos retazos hacen referencia al dispositivo fantasmático que constituye los procesos de identificación de las subjetividades.

## **8. ENTREVISTA Y RECONSTRUCCIÓN DE LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN.**

Podemos concluir que la abducción es el procedimiento que, por medio de indicios, en este caso las deixis que las vivencias expresan, nos guía hacia ese dispositivo fantasmático siempre operando en cada enunciado. De esta forma, la entrevista supone reconstruir un proto-relato a partir de retazos. No se trata de realizar un cuestionario sobre algo ya determinado. Por eso el punto de partida es un indicio, o, si se prefiere un detalle: “Del orden del detalle son ciertas preguntas que buscan confirmación (fechas, hechos, modos), o aclaración (cómo algo sucedió realmente), o actualizan viejos adagios (‘para muestra basta un botón’). El detalle no es entonces accesorio, sino necesario, y en ocasiones, hasta esencial. (Arfuch, 2010:84). Para acceder a esos indicios, pues, es necesario “(...) establecer una relación de *escucha activa y metódica* tan alejada del mero *laisser-faire* de la entrevista no directiva como del dirigismo del cuestionario” (Bourdieu, 2000:529), logrando así una relación con el entrevistado que disminuya la violencia simbólica que toda situación de entrevista conlleva.

El entrevistado, diremos, es un actor individual que encarna un proceso de identificación que lo excede y lo hace posible como tal. En otras palabras, el acto de enunciación es posibilitado por el dispositivo fantasmático que lo constituye, que lo liga afectivamente a un colectivo, aún cuando el propio actor no pueda dar cuenta de aquél. Así pues, los actos de enunciación, solidificados en enunciados que pertenecen a ciertos discursos, están soportados por formaciones imaginarias, por fantasmas. Cada actor individual, por supuesto,

puede estar constituido por más de un fantasma, pero siempre su identificación subjetiva estará por definición, soportada imaginariamente.

La entrevista, tal y como hemos analizado su procedimiento a partir de pensar que los procesos de identificación política tienen una matriz afectiva que los sostiene, debe evitar que el entrevistado responda en términos reflexivos, es decir, que *opine* racionalmente en la situación misma de entrevista. Hasta es posible que una forma de responder a la violencia simbólica propia de la situación, sea el intento de reflexionar sobre las preguntas.

En este punto, debemos tener en cuenta el proceso de construcción de la muestra, es decir, cómo seleccionamos los casos a entrevistar: si bien la proximidad social y la familiaridad entre los participantes de la entrevista contribuye a disminuir la violencia simbólica, bien pueden utilizarse otras estrategias, como la de “(...) *representar roles*, componer la identidad de un encuestado que ocupa una posición social determinada para hacer falsos trámites de compra o pedido de informaciones” (Bourdieu, 2000:530).

Para llevar adelante tal estrategia, también debemos disponer de un saber previo (muchas veces producto de entrevistas anteriores o con informantes) sobre los entrevistados, que permita hacer hincapié en hechos que han dejado una marca en la vida del entrevistado: una foto de su infancia, un juego de su juventud, una costumbre familiar, etc. Así pues, constataremos que “El que recuerda, de manera espontánea o inducida por el entrevistador, puede focalizar en hechos y situaciones que van más allá de su propia experiencia y forman parte de la memoria colectiva. Pero esta ‘cuenta regresiva’ nunca está disociada del presente de la enunciación, de esa vuelta sobre el aquí y ahora que caracteriza a los relatos mediáticos” (Arfuch, 2010:89).

La reconstrucción de los procesos de identificación, podemos concluir, debe partir de la importancia que la afectividad tiene a la hora de consolidarlos o modificarlos, para luego intentar visibilizar esa matriz afectiva –el dispositivo fantasmático– que los hace posibles. Es a partir de esta técnica de entrevista, que contempla los presupuestos epistemológicos, teórico-políticos y culturales, que podemos llevar adelante una investigación que arroje alguna luz en la complejidad de aquellos procesos.

## **BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA**

Arfuch, Leonor (2010). *La entrevista, una invención dialógica*. Buenos Aires: Editorial Paidós SAICF.

Bourdieu, Pierre (dir.) (2000). *La miseria del mundo*. Argentina: Fondo de Cultura Económica (ed. or. 1993).

Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (2008). *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina SA (ed. or. 1973).

Caletti, Sergio (2009). *Exploraciones (Discurso, política, subjetividad)*. Informe final de Proyecto de Investigación (inédito) *Política, sujetos y comunicación: un acercamiento a la escena pública contemporánea*, PID 3098, UNER, 2006-2009.

Coromines, Joan (2008). *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Castellana*. Madrid: Editorial Gredos (ed. or. 1961).

Evans, Dylan (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Editorial Paidós (ed. or. 1996).

Gadamer, Hans-Georg (2007). *Verdad y Método. Volumen I*. Salamanca: Ediciones Sígueme S.A.U. (ed. or. 1975).

Foucault, Michel (1991). El juego de Michel Foucault. En *Saber y Verdad* (pp. 127-162). Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.

Marafioti, Roberto (2004). *Charles S. Peirce: El éxtasis de los signos*. Argentina: Editorial Biblos.

Pêcheux, Michel (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid:Gredos (ed. or. 1969 y 1975).

Pêcheux, Michel (2008). El mecanismo del reconocimiento ideológico. En Žižek, Slavoj (comp.). *Ideología. Un mapa de la cuestión* (pp. 157-167) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica (ed. or. 1994).

Peirce, Charles Sanders (1999). Qué es un signo. Sin responsable editorial (ed. or. 1894).

Ponzio, Augusto (1998). *La Revolución Bajtiniana. El pensamiento de Bajtín y la ideología contemporánea*. España: Ediciones Cátedra.

Samaja, Juan (1997). *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. Buenos Aires: Editorial de la Universidad de Buenos Aires (ed. or. 1993).

Sercovich, Armando (1977). *El discurso, el psiquismo y el registro imaginario. Ensayos semióticos*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión SAIC.

Stavrakakis, Yannis (2008). *Lacan y lo político*. Buenos Aires: Prometeo Libros (ed. or. 2007).

Stavrakakis, Yannis (2010). *La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina SA (ed. or. 2007).

Zecchetto, Victorino (2005). *Seis semiólogos en busca del lector*. Buenos Aires: Editorial La Crujía.

## NOTAS

---

<sup>1</sup> PID 3132 FCE-UNER. “*Cultura, política, subjetividad. Un estudio de caso.*” Director: Sergio Caletti, Codirectora: Mg. Carina Muñoz.

<sup>2</sup> Los traductores del texto *Lacan y lo político*, interpretan *fantasme* como “fantasía”. Nosotros vamos a trabajar con la traducción de *fantasme* como “fantasma”, tal y como se trabaja en *La izquierda lacaniana*. Cf. Caletti, Sergio. (2009). Página 183, nota al pie número 184.

---

<sup>3</sup> Cf. Coromines, Joan (2008). Página 470.

<sup>4</sup> Cf. Marafioti, Roberto (2004). Capítulo 4. Gramática semiótica.

<sup>5</sup> El subrayado en la cita es nuestro. Si bien el autor sostiene que este procedimiento está atado a los íconos, el “conducir a”, “el llevar”, de la abducción se basa tanto en la indeterminación de la cadena de signos como en la pista que implica el índice. En otras palabras, es la indicación aquello que nos capta la atención y que nos lleva a *explorar*.